

adquirió automáticamente la categoría de Vicepresidente de la República.

A tan nueva edad, no podía esperar mayores realizaciones. Sólo que, tan rápido encumbramiento, le fue modificando la conducta. Dejó de ser el hombre amable y altruista, que solía preocuparse por los problemas de quienes a él se acercaban. Se le despertó una desproporcionada ambición de poder. Se volvió engreído, vanidoso, egocentrista. Evángela no hizo sino cambiar con él. Además, ella era una mujer que atraía en torno suyo la admiración de Venera. En las ceremonias, oficiales o no, siempre sobresalía por su belleza, su elegancia, su cultura, su distinción, su personalidad. Al conversar, hacía gala de sus conocimientos y de una refinada educación. Se sentía una reina cuyos vasallos fueran todos los veneratos. Abraham incluido.

Las circunstancias políticas del país se precipitaron a favor del joven Senador, cuando al Presidente de la República — que tanto había contribuido al encumbramiento de Abraham — se le deshizo el corazón. Por tres días, Venera se declaró en duelo. Un imponente cortejo depositó el cadáver del estadista, en la Rotonda de los Héroes.

Abraham había recibido la noticia con aparente contrición. En el fondo, se alegraba. Pues que era, por ministerio de ley, el llamado a ocupar la Presidencia hasta en tanto no se completara el tiempo reglamentario para convocar a nuevas elecciones.

En medio de la sorpresa ocasionada por el súbito fallecimiento del Mandatario, la opinión pública de Venera, igualmente, se estremeció de entusiasmo. Porque Abraham Gómez personificaba, para la inmensa mayoría de sus conciudadanos, al mejor hombre, capaz de conducir por rumbos superiores el destino nacional. Era joven, preparado, carismático y cerebral.

Pero ya en el poder, Abraham no tuvo el desempeño que todos esperaban. Se volvió obstinado, como otra característica

de la soberbia que le iba enajenando. Se empeñó en administrar ateniéndose a su capacidad, sin admitir la menor sugerencia. A no ser, claro, las que provinieran de Evángela.

En un alucinado arrebató por dejar constancia de su nombre para la posteridad, inauguró una época de construcciones monumentales, faraónicas, descomunales. Sin planificación, fue cubriendo el país con obras inspiradas por mero capricho. Obras superfluas e inservibles, en detrimento de las necesidades prioritarias. A tiempo le advirtieron de los riesgos económicos a que conducían las cuantiosas erogaciones. Pero como en él se iba haciendo usual, no prestó atención.

Confiado en el espejismo de los enormes recursos naturales, de la ascendente producción de bienes y del favorable balance que el país tenía en materia de exportaciones, contrajo deudas en el extranjero cuyo monto carecía de antecedentes.

Evángela, por otra parte, se dio a la afanosa labor de mitificar su figura. Contando con el asesoramiento del tenebroso Ministro de Asuntos Presidenciales, ideó una tesis a la que designó con el rimbombante y demagógico nombre de: "Reencuentro con los desheredados". Esta consistía en distribuir, a manos llenas: despensas, ropa, favores, entre la gente humilde. Buena parte del tiempo lo dedicaba a recorrer las comunidades rurales — aun aquellas perdidas en la distancia y el olvido oficial — al frente de una caravana de vehículos atestados de obsequios, y rodeada por una caterva de aduladores bien pagados. Por añadidura, repartía dinero a raudales.

Los menesterosos comenzaron a llamarle "Madre Evangelita". Y cuando tuvo conocimiento del mote, ello le produjo una gran satisfacción, un considerable aumento en su vanidad.

Los órganos informativos habían recibido la consigna — bajo amenaza de clausura — de conceder igual importancia tanto a las actividades de Abraham cuanto a las que llevaba a cabo su ilustre, distinguida esposa. La clase acomodada, que sabía de

antemano el origen de Evángela, la llamaba con sorna y menosprecio: La Presidenta de la República de los Humildes.

A Evángela le atraía sobremanera la idea de organizar multitudinarias concentraciones de campesinos, de obreros, de desempleados. Y en esas tumultuosas manifestaciones populares, ella lucía en todo su fascinante esplendor. La voz clara, brillante, fuerte, se prestaba para pronunciar discursos que le conmovían hasta las lágrimas:

— Sufro al ver la pobreza en que viven ustedes y sus hijos. Considérenme pues, una más de entre los suyos. Trátenme como a una compañera. Jamás se detengan para pedirme ayuda. Siempre estaré dispuesta a auxiliarles en lo que sea posible. Lo mismo mi esposo, el Presidente. Nosotros sólo queremos servir al necesitado, al que padece de hambre, al que carece de lo indispensable.

La popularidad de Evángela, alcanzó proporciones que ni ella misma esperaba. Rebasó las fronteras de Venera. Se le tenía como a una de las mujeres más célebres e inteligentes del mundo. Una especie de idolatría le fue envolviendo. Religión laica en la que, la única santa, era "Madre Evangelita".

Los efectos del despilfarro no se hicieron esperar. Las finanzas se hundieron en una crisis aterrante. La moneda hubo de devaluarse en la más estripitosa caída económica que hubieran podido imaginar los veneratos. La renuncia en masa del Gabinete, con la única excepción de intrigante Ministro de Asuntos Presidenciales, agravó las circunstancias. La nación pasaba por momentos de tempestad incontrolable. Por las calles corría el rumor de un golpe de estado.

Un soleado día de mayo, Evángela murió.

Hasta entonces supo su propio esposo que ella tenía años de ocultar el cáncer que le minaba vorazmente el organismo. Abraham vivió engañado. Creía que la palidez y la pérdida considerable de

peso que mostraba Evángela, se debían a la extenuante labor que llevaba a cabo. Pero la muerte de quien había sido su más grande respaldo, no sólo le desmoronó a él. Por si fuera poco, al saberse la infausta noticia difundida por el Ministerio de Información, el país la sufrió como una convulsión que le estremeció la entraña.

Con premura, ante la exigencia de multitudes frenéticas, histéricas, coléricas, que pedían ver, por última ocasión, a la Madre Evangelita, Abraham dispuso el inmediato sepelio. El cadáver fue sepultado en medio de un secreto que llegó a considerarse de Estado. Únicamente los más allegados a la familia presidencial supieron la ubicación del sitio en el que Evángela quedaba en reposo inalterable.

Los humildes la lloraron con impotencia y con rabia. Desfilaron por todas las ciudades, portando carteles con la fotografía de una Evángela rozagante y sonriente. Desplegaban mantas en cuyas leyendas volcaban su dolor: "Nunca te olvidaremos". "Para tus desheredados, no morirás jamás". "Podrán arrebataros tu cuerpo, el recuerdo no". "Regresa, compañera". "No nos abandones, Madre Evangelita". "Tu pueblo te llora". "Fuiste lo más grande para quienes te conocimos". "Gratitud eterna a Evangelita". "Aguardamos tu resurrección".

Abraham cayó en el más despiadado de todos los vacíos. Sin ella a su lado ¿qué razón tenía la existencia? Pero no. Evángela, que se fue sin despedirse, le hubiese dicho que continuara, por ambos, al frente del país. Sólo que ya era tarde. Excedido en empréstitos y en impuestos, recurrió al desesperado sistema de aumentar la emisión de moneda circulante. La inflación se desbocó. La carestía causó pánico. La fuga de capital resultó indetenible. La totalidad de las organizaciones sindicales, incluyendo las de la burocracia, se coaligaron en un movimiento de demandas salariales. Venera estaba en quiebra, en dolorosa agonía económica. La orgullosa prosperidad de otras épocas, se había derrumbado por el insondable precipicio de la bancarrota.

El golpe de estado se produjo sin derramamiento de sangre, sin costo de vidas.

A Abraham le fueron a despertar a la residencia presidencial, para notificarle que una Junta Militar había asumido la conducción del país. Y que tenía veinticuatro horas para abandonar Venera, a riesgo de que, si incumplía la disposición, sería arrestado y ejecutado de inmediato.

Tan pronto se dio a conocer la noticia por el mundo, un telegrama de Franco le hizo saber al depuesto Presidente, que España estaba en la mejor disposición de brindarle asilo. Gómez declinó la oferta, con reiteradas expresiones de agradecimiento, porque ya tenía definido el lugar a donde habría de dirigirse: la isla de Jeremías.

Bien entrada la noche, la junta castrense puso a su disposición un avión del ejército. Antes de que partiera y como última concesión, se le autorizó a visitar el oculto sepulcro de Evángela. Junto a la tumba, confundido y temeroso, se despidió de la muerta ahogado en un llanto copioso. Partió luego. Desde la altura, presencié el polícromo lentejuelear de las luces que engalanaban el manto de terciopelo oscuro que lucía la gran ciudad. Sin saber por qué, recordó su infancia, su niñez difícil. Como entonces, volvía a estar solo. Nuevamente.

Un aire helado le congeló la médula. La fatiga le doblegó. Y sumido en su sopor delirante, volvió a soñar en su trágica niñez.

Jeremías había escogido los lunes para reunir a sus huéspedes. Agrupaba a los doce en la sala de su residencia. Invariablemente, era él quien presidía las asambleas — extraños agrupamientos de dictadores en el exilio —. Resultaba aquello una catarsis. Era una especie de terapia grupal. Saberse juntos, fuera del acto colectivo de los alimentos, les reconfortaba, aunque en alivio momentáneo.



Permitía que algunos vomitaran sus quimeras y la ilusión que no todos confesaban, pero que todos abrigaban, de retornar triunfantes a sus lugares de origen.

Fue en una de esas singulares reuniones, estando a punto de iniciar los trabajos, que la imponderable Anatolia penetró al recinto, gritando su angustia:

— ¡El señor Garfias se está muriendo!

Un silencio profundo invadió la isla.

Jeremías fue el único que habló.

— Se pospone la sesión. Vayamos con Julián.

En procesión callada, afligida, se dirigieron a la residencia de Garfias. Cuando penetraron, Carlos Macera, único médico de entre ellos, se adelantó al lecho en donde reposaba el enfermo. Su movimiento de cabeza, el pesimismo que le oscureció el rostro luego de que hubo auscultado a Julián, les dio a entender que nada podía hacerse. Ciertamente, Garfias agonizaba.

Con voz apagada, casi un murmullo a punto de extinguirse, el moribundo llamó a Jeremías:

— Voy a morir — expresó apenas con un rastro de aliento —. Pero antes, te pido de favor que no me entierres. Quema mi cadáver. Esparce las cenizas en el mar. Quizá las aguas lleven alguna partícula de mis restos hasta las playas de mi querida, inolvidable, Guayacán . . .

Guayacán. Maravilla del Caribe. Isla de paisajes que ningún hombre se hubiera atrevido a describir con fidelidad. Horizonte sembrado de palmeras esbeltas y cimbreadas. Playas descritas en los catálogos turísticos como estampas del paraíso. Guayacán. Cielo de intensidad azul, continuamente surcado por aves que

agrupan en su plumaje las posibilidades todas del color. Guayacán. Edén inviolado, hasta que llegaron los españoles a posesionarse de la isla, con la fuerza brutal del conquistador que irrumpe y roba, hambriento de riquezas. Guayacán. Inspiración inagotable de los artistas del universo. Flor flotando sobre la azul inmensidad del agua. Lugar donde la primera aurora que en el mundo hubo derramó su luz de oro y plata.

Hacia mediados del siglo XVI, los ibéricos desembarcaron en Guayacán su cargamento de esclavos negros, con el propósito de distribuirlos luego por sobre los territorios dominados del continente americano. Negros de Africa. Arrancados violentamente de sus primitivas comunidades. Despojados de cualquier derecho, tratados como objetos, como seres infrahumanos. Africanos que, pese a la distancia y a la crueldad a que fueron sometidos, nunca perdieron por completo el recuerdo nostálgico de sus tierras salvajes y misteriosas.

Al fundirse guayacanos, españoles y negros, se produjo una mezcla racial contradictoria y confusa. El noventa por ciento de la población tenía los rasgos de sus ancestros. El diez por ciento restante, o eran blancos, o estaban marcados por el estigma del mestizaje.

Desde la conquista española, Guayacán — su gente — se hundió en la más absoluta miseria. Pero luego de consumada su independencia, ningún país de América fue tan pobre como la Flor de las Antillas. Tampoco, nación alguna del continente la superaba en analfabetismo, insalubridad y mortandad. Otrosí: el idioma que hablaban los nativos, era una mezcla inextricable de guayacano, español y dialectos africanos. De modo que nada más entre ellos se entendían. Y a veces no.

En 1898, Guayacán logró desligarse del dominio peninsular. A la zaga de los pueblos americanos, intentó ejercer su soberanía y consolidarse como nación libre e independiente. Jamás pudo lograrlo. En ninguna parte hubo tantas revueltas como ahí. La con-

tabilidad de sus Presidentes era interminable. Hubo Presidentes por meses, por semanas, por días, por horas, por instantes, por fracciones de segundo.

Así hubiese continuado, de no ser por Julián Garfias. Llegó al cargo de Primer Mandatario, merced a una farsa electoral preparada por un grupo de oligarcas tan inescrupulosos como él. Garfias, al fin, lograba la culminación de sus aspiraciones políticas: gobernar a la isla.

Detrás de él y de su cómplices, estaba el respaldo de importantes consorcios financieros norteamericanos que se habían propuesto adueñarse de Guayacán. Con el nuevo Mandatario no encontraron obstáculo. Garfias vendió a Guayacán como si hubiese sido de su propiedad personal. La transformó en uno de los más importantes centros turísticos del planeta, otorgando concesiones de por vida a los inversionistas que le habían ayudado a conquistar el poder.

Antonio Manjarrez, Secretario General del Partido Independiente, advirtió lo que sucedía:

— Pronto, la isla será, en caso de que no lo evitemos, una estrella más en la infamante bandera del Imperio.

Manjarrez era un luchador ineludible. La honestidad que le caracterizaba, le tenía ganado el respeto de sus conciudadanos. Ubicado en la más firme posición ideológica, había sufrido por experiencia propia, encarcelamientos, persecuciones y torturas. Pero a cada golpe, se erguía encastado. Su voz, su pluma — su pensamiento — eran la pesadilla de los tiranos. Por ello actuaba en la clandestinidad. Hasta que, sin poder desbaratar el prestigio que a cada vez iba ganando, a los truhanes gubernamentales no les quedó otro camino que reconocer, oficialmente, el Partido que Manjarrez había fundado.

— Garfias es un traidor a la Patria — concluía Manjarrez.

— Manjarrez está loco — expresaba Garfias —. Es un anarquista frustrado y lleno de amargura. Pretende ignorar que requerimos de inversión extranjera para activar la economía nacional. El turismo origina un enorme ingreso de divisas que nos permite equilibrar la balanza de pagos. Además, ¿quién ignora el prestigio, la fama de que goza nuestro país? ¿No acaso las agencias internacionales de turismo califican a Guayacán como "la isla más hermosa de la galaxia"? En resumidas cuentas, el esfuerzo que mi administración despliega para impulsar el progreso de la patria, no tiene sino la intención de crear suficientes fuentes de ocupación y de alcanzar la prosperidad a que todos aspiramos.

— Miente el infame — contestaba Manjarrez —. Que diga a quiénes beneficia la industria turística y cuánto le queda a él de ganancias. En cambio, a nosotros, ¿qué nos deja? Guías mal pagados, sin derecho a la sindicalización y opuestos al maltrato de sus patrones norteamericanos. Artesanos que, por hambre, venden sus productos a precios irrisorios. Niñas protituidas, que se ofrecen por un puñado de dólares al extranjero que nos visita en busca del paraíso sensual prometido por la publicidad. Que responda el forajido presidencial, a quiénes pertenecen las industrias "nacionales" de que tanto se ufana, y quiénes son los prestanombres — incluídos él y su familia — que se ofrecen en subasta para fortalecer la dependencia que nos liga con Norteamérica. Que declare el malhechor, a cuánto asciende su fortuna personal.

Garfias no soportó mucho el asedio de Manjarrez. Le mandó capturar y le confinó a una celda en el interior de la Ciudad Militar. Cuando le fueron a avisar que sus órdenes habían sido cabalmente cumplidas, Garfias acudió a la celda de Manjarrez.

— Te ofrezco la gracia de dejarte en libertad — le dijo — si públicamente te retractas de lo que has declarado en contra mía.

— Ni ahora ni nunca. Prefiero morir, antes que enlodarme en el charco de tu ignominia.

— Imbécil.

Garfias hizo conducir al prisionero hasta la sala de torturas. Y de propia mano magulló el cuerpo de aquél que tan acremente le había combatido. Manjarrez murió. Ya sin el estorbo del líder y para evitar cualquier reacción de los seguidores de aquél, Garfias desató sobre la isla el vendaval de todos los terrores.

Los invasores financieros, sin pérdida de tiempo, se dedicaban a comprar lo que fuera vendible. De modo que Guayacán perdió hasta el último vestigio de su remedo de libertad. Garfias le había vendido, en un acto de gratitud, a sus aliados imperiales.

De ascendencia africana, como la mayoría de sus compatriotas, Garfias creció bajo el cuidado de una nodriza que pronto le inició en los misterios del Guayí, el rito de "los hermanos de la oscuridad". De mentalidad propensa a lo mágico, Garfias dedicó buena parte de su juventud al estudio del Guayí. Luego, convertido en el hombre más poderoso de Guayacán, recibió los máximos honores que la secta podía otorgar a persona alguna: Sacerdote Supremo. Representante de la divinidad. Señor de la oscuridad y de la luz. Mago que regula el nacimiento, la vida y la extinción de los astros. El que da la salud o la muerte. El que conoce el misterio de los siglos. El que sabe lo que ha de venir, porque sabe lo que fue.

El Guayí se oficializó, adoptándose como religión estatal. Su práctica estaba tan generalizada, que de ninguna manera podía considerarse privativa de la clase humilde. Aunque pareciera inaudito, lo cierto era que tanto los privilegiados por la fortuna como los cultos y letrados, ejecutaban y eran fieles seguidores de sus ritos. Una especie de guerra santa se desató contra aquéllos que se resistían a aceptar el nuevo credo. Garfias aparentemente reprobaba la persecución religiosa, aunque en el fondo la solapaba. No sólo ello:

también se complacía en fomentarla mediante cuantiosas aportaciones. Le era útil, puesto que le servía para camuflagear la matanza de sus enemigos.

En el mediodía de su existencia, Garfías tuvo un hijo que, por asombrosa coincidencia, nació el 13 de noviembre, el día que el Guayí consideraba el mayormente sagrado. El advenimiento, pues, se celebró como un regalo de los dioses, como un prodigio incalificable. Al recién nacido, Garfías le puso por nombre el de Guayité. Y por decreto, dispuso que al morir él, su hijo no sólo le sucediera sino que, también fuese consagrado Rey y Pontífice. Pero ante todo, Dios encarnado.

Para desconsuelo del tirano, Guayité murió a los siete años y Garfías se hundió en una tristeza tal, que olvidó hasta ocuparse de los quehaceres políticos.

Entonces el recuerdo de los crímenes cometidos se le agolpó en la conciencia. Aun en sueños veía a su hijo muerto, y un charco de sangre que lo circundaba hasta cubrir totalmente el pequeño cadáver. En su desolación, Garfías se autodeclaró culpable del fallecimiento de Guayité, pues pensaba que era un castigo a sus infamias.

Se arrepintió de cuanto había hecho. Y pasaba los días llorando y orando, de modo que ni siquiera advirtió el movimiento que se gestaba para desplazarle. Y cuando al fin se dio cuenta de lo que sucedía, ya el océano empujaba su nave rumbo a las costas apacibles y serenas de la isla de Jeremías.

Garfías, ahora, agonizaba atormentado por los recuerdos. Lejos de Guayacán.

Luego de que exhaló el último suspiro, Jeremías dispuso que la cremación se hiciera al siguiente día. A pleno sol.

Durante la noche, Jeremías se inyectó una dosis de heroína, mayor que la acostumbrada. De pronto, una luz cegadora se ex-

pandió frente a su vista. Escuchaba el palpar de las estrellas muy cerca de un oído. Veía a la luna como la sonrisa plateada de la noche. Oía el canto de las sirenas que le llamaban desde la playa.

El cerebro le estalló. Su esquema nervioso sufrió una convulsión terrible, como nunca antes había experimentado. Entonces, comenzó a delirar. Le pareció estar en el campo de batalla, entre el estruendo de las bombas. Los soldados pasaban cerca de él, saludándole con emoción:

— Jai, Hitler.

Una convulsión le hizo reaccionar: ¿qué hacía él ahí, fuera de aquella casa? Se acercó a la ventana más próxima. Adentro, sus once huéspedes velaban a Garfías. Anatolia les servía alcohol y café. Jeremías—Hitler, creyó que eran sus generales que conspiraban, otra vez, contra de él.

Oyó que uno de los de dentro, decía:

— Mañana hay que quemarlo y echar las cenizas al mar.

Jeremías—Hitler hirvió en rabia. Silenciosamente se dirigió al depósito de combustible y fue rociando la casa de Garfías con cuanto gasolina encontró.

— Ya verán — se decía a sí solo —. Me les adelantaré.

Se movía sigiloso, cual ladrón que hurta casi en presencia de la víctima.

— Con fuego, desbarataré esa nueva conjura — murmuraba mientras iba arrimando lo que encontraba a la mano y que le pareciera de fácil combustión.

Adentro, los demás comentaban el deceso. Anatolia se preguntó a qué horas llegaría Jeremías.

Jeremías—Hitler, restregó el cerillo. Lo arrojó cuidando que no se apagara. Las llamas se elevaron como relámpagos invertidos. Un cerco de fuego rodeó rápidamente el edificio. Se oía el crepitar de las cosas, mezclándose con gritos de dolor indescriptible.

Después de que empezaron los quejidos, Jeremías—Hitler empezó a reír. Una carcajada brutal dobló su configuración corporal. Ante él, la hoguera crecía queriendo lamer el espacio. Jeremías se desbarataba en su carcajada incontrolable. Las llamas lo envolvieron todo. Dentro, cesaron los ayes. Afuera, Jeremías, envuelto en las sombras de una noche sin fin, lloraba por el esfuerzo que le producía su estentórea, grotesca risotada.

Enloquecido, dando la impresión de que alguien le llamaba, caminó hasta adentrarse en la entraña del incendio. El fuego le recibió para consumirlo. El eco de la carcajada se perdió en el murmullo de la playa.

La isla, era un enorme chispazo flotando sobre la mar.

Donde Termina la Esperanza...